



Análisis 2 / 2022

28 Enero 2022

¿La tragedia de la política de las Grandes Potencias?

Dr. Enrique Fojón

A medida que el enfoque principal de la política internacional continúa su emigración de la región transatlántica al Indo-Pacífico conformando lo que puede considerarse un sistema mundial multicéntrico, la OTAN trata de adaptarse a esta nueva realidad.

Se toma el título de la gran obra del Profesor Mearsheimer, para ilustrar el sentimiento implícito en el ensayo. ¿Cuándo cambió el mundo de configuración geopolítica? ¿Qué inercias estratégicas se mantienen? ¿Qué narrativas políticas son obsoletas y qué lugar ocuparán en la dinámica estratégica?.

“Rusia afortunadamente no es miembro de ninguna alianza. Esta es una garantía de nuestra soberanía... cualquier nación que sea parte de una alianza, cede parte de su soberanía”. Vladimir Putin (2014)

La resaca de un sueño Kantiano

La actual demostración de poder de Rusia ha despertado a Occidente del sueño kantiano. La indignación es grande y las culpas se hacen recaer en aquel que no se atiene al “imperativo democrático”. Quizás una reconsideración de los años 90 arrojaría algo de luz. La historia de Europa muestra que el olvido del equilibrio de poder es fuente de conflictos. Tras la caída del Muro de Berlín no se tuvo en cuenta la Historia.

Con la implosión de la Unión Soviética, los estados de Europa del Este del Pacto de Varsovia y las antiguas repúblicas soviéticas en la región báltica se unieron a la OTAN y a la UE. Ucrania también se volvió hacia Occidente. No era difícil prever que una Rusia recuperada quisiera reasumir la cualidad de actor estratégico para cambiar la situación. Moscú, al igual que Alemania en 1918, no aceptaría un “Versalles” tras la Guerra Fría. En la década de 1990, Rusia se hundió en el caos. Fue el segundo colapso del imperio en un siglo y, para muchos de los involucrados, incluido Putin, fue una ruptura tan severa como el final del imperio zarista. En respuesta, Occidente se envolvió en una mezcla de idealismo y paternalismo. No se fue consciente del hecho de que la élite rusa nunca quiso modernizar su sistema, sino que se aferró a estructuras cleptocráticas y autoritarias propias de un imperio.

La OTAN y la UE respetaron la voluntad de los europeos orientales a la autodeterminación, pero debió integrar a Rusia en una solución estable y duradera. La lógica occidental no buscó la estabilidad. Entre tanto la configuración geopolítica de Competición Estratégica alteró el paradigma hegemónico y, al carecer del alternativo, no se valoraron los posibles efectos. Además, Occidente nunca dejó de lado la idea de que podría exportar sus valores hasta los Urales. Esto fue el comienzo del problema. Ya que una forma de reducir riesgos es tomar a un rival por lo que realmente es, en lugar de buscar mejorarlo de acuerdo con las propias concepciones.

Estados Unidos, coincidiendo con su declive hegemónico, dedicaron su esfuerzo principal a China en los ámbitos económico y militar. Moscú deja lejos la condición de potencia económica y sólo puede presumir de sus fuerzas armadas modernizadas. Era solo cuestión de tiempo que Putin usara la fuerza militar para ejercer la iniciativa en un período de debilidad=ya que Estados Unidos padece de una profunda división interna política y cultural que con matices afecta a Europa. El nuevo gobierno alemán aún no ha expuesto claramente sus intereses ni sabe lo que quiere. Esta es una buena oportunidad para que el Kremlin pruebe hasta dónde puede llegar.

Washington ha permitido que la estructura del control de armas en Europa se derrumbe. Estados Unidos puso fin a dos tratados que prohibían las armas de alcance intermedio y prevenían la vigilancia aérea de los niveles de tropas. Los rusos dieron motivos para ello. Este hecho dejó la impresión general de que Estados Unidos consideraba a Rusia como una potencia de segunda categoría.

Pero como Rusia está demostrando, en este momento todavía es capaz de causar una agitación considerable y, por lo tanto, Washington debe dirigir su atención a Europa. Mientras Estados Unidos pertenezca a la OTAN, es de facto una potencia europea. Dada la incapacidad de los europeos para proporcionarse su propia seguridad y la estabilidad del continente sigue siendo un problema esencialmente estadounidense.

Un escenario de Competición

A principios de 2022, Rusia tiene tropas desplegadas en la frontera con Ucrania y China ha intensificado los “tanteos” de las defensas aéreas de Taiwán. Sin entrar en consideraciones de una muy hipotética coordinación Beijing-Moscú de estos desafíos, cada uno tiene su propio interés en reducir la influencia de Estados Unidos en la Competición Estratégica. China afirma que Taiwán y Ucrania tienen como objetivo excluir a Occidente de Eurasia y del Indo-Pacífico. Estados Unidos, mediante la anunciada concepción de un Orden Mundial basado en reglas, obstaculiza los intereses y amenaza la legitimidad de ambos.

Las sinergias geopolíticas de la denominada Competición entre Grandes Potencias, mantienen su ritmo de configuración geoeconómica y de incremento de las tensiones geopolíticas, despejando incertidumbres respecto a su naturaleza y no tanto en relación a su previsible evolución.

Existe una amplia coincidencia en la identificación de tres vectores polemológicos. El más notorio por su magnitud es el referido a la relación Estados Unidos y China que se encamina tendencialmente hacia una confrontación en el Indo-Pacífico. La finalidad estratégica de contener a Beijing, ha conseguido el consenso político en Estados Unidos, convirtiéndose en el esfuerzo principal de la política exterior estadounidense. Este hecho, en el ámbito de las Relaciones Internacionales, puede considerarse el más relevante de la última década, incluso más que la confrontación entre Rusia y la OTAN en Europa del Este. Este teatro geopolítico mundial es muy distinto a cualquiera del siglo XX y emplear eslóganes como Guerra Fría para definir la situación carecen de sentido, pues una profunda interdependencia tecnológica y comercial limita la autonomía estratégica de Washington y Beijing. Por otro lado, el concepto de “alianza” para definir el esfuerzo de detención de la influencia china, se matiza en favor del de coalición de “geometría variable”. La Competición entre ambas superpotencias puede ser asumible, la derivación hacia la Confrontación, peligrosa.

En cambio, en la península europea el modelo es diferente. Hay que partir del hecho de que los grandes países europeos conservan un gran potencial económico, lo que convierte a Europa en un foco de atracción de flujos migratorios. La visión resultante de la evolución del Occidente, desde la bipolaridad a otro conocido como el “imperativo democrático”, podía considerarse el modo de acción del “trans-atlantismo” posterior a la Guerra Fría.

De forma brusca, la nueva era presenta a los países europeos ante la necesidad de restringir consideraciones ideológicas y considerar el desarrollo de una estrategia solidaria de política exterior basada en los intereses nacionales de los diversos estados. Tendrán que decantarse sobre a quien apoyan en la confrontación Estados Unidos -

China y, además, desarrollar una visión de sus relaciones con el resto de Eurasia, una región que posee su propia personalidad estratégica, ajena al idealismo occidental como se demostró en Afganistan.

El idealismo europeísta, cimentado en un largo periodo de ausencia de ejercicio de la acción estratégica, ha deformado la sensibilidad geopolítica de las élites de los países europeos, impidiendo la percepción del estado real de las cosas. En estas condiciones, es difícil desarrollar nuevos principios que puedan utilizarse como base de la planificación estratégica para que los principales países europeos puedan actuar como uno de los centros influyentes de la política mundial en 2022.

La situación es especialmente rupturista debido a que, en la segunda mitad de 2021, se agudizó considerablemente la crisis de Ucrania con las consiguientes tensiones político-militares entre Rusia y Estados Unidos en el teatro de Europa del Este. En este sentido, la mayoría de los países europeos empezaron comportándose como observadores externos con valoraciones especulativas: ¿comenzará una guerra en Ucrania o no?

El tercer vector se orienta a la reconfiguración del Asia Central y del Cáucaso Sur, que repercute en Oriente Medio. La segunda guerra de Karabaj y la salida de Estados Unidos de Afganistán han reconfigurado la geopolítica en la zona entre el Mar Negro y la frontera occidental de China. La intervención de Turquía en el sur del Cáucaso ha convertido a la región en parte de la agenda internacional de Oriente Medio, y la toma del poder por los talibanes en Afganistán actúa como catalizador de seguridad para el Asia Central.

Además de Rusia, Turquía es un actor importante en la región. La actuación asertiva de Ankara ha agravado los conflictos existentes en regiones donde la presencia turca es protagonista, alienando a muchos de sus aliados, incluyendo a los de la OTAN. Si la situación interna empeora, un resultante declive de la actividad de Turquía como uno de los actores más influyentes en el Cáucaso Sur y Asia Central puede tener efectos tanto positivos como negativos. Es más conveniente para Moscú mantener relaciones con un socio responsable, aunque no siempre dispuesto al compromiso, que coincide con la forma de actuar de Ankara. Es importante hacer el seguimiento de la situación en esta parte del mundo.

¿Vuelta al zarismo?

Normalmente, la relación de Occidente con Rusia se describe caracterizada por conceptos diferentes y recíprocos malentendidos. En julio de 2021, el presidente ruso Vladimir Putin promulgó la Estrategia de Seguridad Nacional de Rusia, en la que, como

en toda estrategia, se definían los intereses nacionales y las prioridades estratégicas para los próximos cinco años. En la apreciación de la situación internacional se ponía de manifiesto la aparición de “un Orden Mundial con una nueva arquitectura, reglas y principios”, así como “el incremento de las tensiones geopolíticas”. Se consideran elementos fundamentales de la estrategia: la soberanía, la independencia, la integridad territorial de Rusia, la seguridad y los derechos de sus ciudadanos en el extranjero y la protección de sus fundamentos espirituales y morales.

La fuente de la amenaza es la "occidentalización" de la cultura basada en las teorías radicales posmodernistas. Los tradicionales valores rusos, según el documento, están siendo atacados por Estados Unidos y sus aliados, corporaciones transnacionales, así como ONGs religiosas, extremistas y terroristas. Si antes el terrorismo y el extremismo, de una manera u otra, estaban separados del tema "occidental", ahora se consideran amenazas del mismo orden. La transición de la confrontación con Occidente al ámbito de los valores es una nueva etapa en el pensamiento estratégico ruso. Anteriormente, tal confrontación se percibía mayormente en términos de categorías materiales (defensa, economía), pero se ha desplazado claramente a un nivel ideológico.

Estos aspectos fueron enfatizados por el presidente Putin en una reunión de la Junta del Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia, el 18 de noviembre de 2021, y, posteriormente reiteradas por el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Sergey Lavrov, en comparecencia ante la Asamblea Federal de Rusia el 1 de diciembre de 2021. El ministro acusó a Occidente de no "reconocer la realidad del orden mundial policéntrico emergente" y de la "demolición deliberada del sistema de derecho internacional tutelado por la ONU". Sugirió que Estados Unidos y sus aliados trataban de sustituirlo por un orden basado en reglas "que los beneficiaba sólo a aquellos" y que estaban promoviendo activamente una narrativa antirrusa. Como tal, concluyó que "no puede haber una alternativa razonable a la línea de política exterior independiente y abierta de Rusia".

Rusia es acusada por Occidente, sin embargo, de intentar desestabilizar el sistema internacional en beneficio de sus intereses estratégicos. Entre otros aspectos se acusa al Kremlin de interferir en las elecciones democráticas, participar en acciones de guerra híbrida o de zonas grises, politizar los suministros de energía, violar el derecho internacional y el respeto de las fronteras reconocidas internacionalmente.

Rusia ha anunciado poseer de la capacidad y la voluntad de intervenir en el extranjero, donde y cuando considere que sus intereses están en juego, su experiencia militar útil la considera un activo estratégico, protege a sus aliados y habilita oportunidades para el acceso ruso al petróleo y otros recursos. Refiriéndose a la creciente influencia rusa en su periferia y, específicamente, en aquellos países de la antigua Unión Soviética y del Pacto de Varsovia.

El Secretario General de la OTAN declaró, el 1 de diciembre de 2021, que los intentos rusos de establecer una esfera de influencia "no eran aceptables", y que en un mundo donde las potencias dominantes imponían limitaciones a lo soberano, las naciones vecinas independientes pueden hacer "el tipo de mundo al que no queremos volver". El 17 de diciembre de 2021, Rusia presentó un proyecto de Tratado de garantías de seguridad a los Estados Unidos y a la OTAN, en el que el Kremlin pedía el cese de cualquier expansión adicional de la Alianza.



Los principios ideológicos como fundamento de la política internacional

En su obra "*The great delusión*"¹, el profesor John Mearsheimer definía la "hegemonía liberal" como una estrategia ambiciosa en la que una potencia tiene como objetivo implantar la democracia liberal en tantos países como sea posible, al mismo tiempo que fomenta una economía internacional abierta y establece instituciones internacionales. En esencia, el estado liberal tiene como finalidad estratégica la difusión de sus propios valores por todas partes. Aclaraba que: "el objetivo de este libro es describir lo que sucede cuando un estado poderoso sigue esta estrategia a expensas de practicar la política de equilibrio de poder".

Mearsheimer concreta que es una opinión extendida en Occidente, especialmente entre las élites políticas, que la hegemonía liberal es una política "sabia", un axioma. Se enfatiza que la difusión de la democracia liberal por el mundo es un deber desde una perspectiva tanto moral como estratégica. Para empezar, se piensa que es una excelente manera de proteger los derechos humanos, que en ocasiones son gravemente violados por estados autoritarios. "Debido a que la política sostiene que las democracias liberales no irán a la guerra entre sí, en última instancia proporciona una fórmula para trascender el realismo y fomentar la paz internacional". Finalmente, sus defensores afirman que el liberalismo doméstico, al eliminar los estados

¹ <https://www.vitalsource.com/educators/products/great-delusion-john-j-mearsheimer-v9780300240535?term=9780300240535>

autoritarios, suprime un apoyo a las fuerzas reaccionarias que están constantemente presentes dentro del estado liberal.

La coexistencia de Grandes Potencias impone el equilibrio de poder como elemento estructural de relación. Las potencias, de cualquier tendencia geopolítica, se relacionan mediante una relación de supervivencia. En estas circunstancias, el liberalismo oculta, regularmente, su comportamiento duro con retórica liberal. La narrativa es liberal y la actuación es pragmática. Si se adoptan políticas liberales que están en desacuerdo con la lógica realista, invariablemente se corrigen. Pero si, ocasionalmente, una democracia liberal alcanza una posición hegemónica, la predispone para abrazarse al liberalismo. Esa situación es más probable que surja en un mundo unipolar, donde la gran potencia no tiene que preocuparse de un antagonista que no existe. En esas circunstancias, el polo único liberal prescindirá del realismo y adoptará una política exterior acorde con el liberalismo. Los estados liberales tienen una mentalidad milenarista que es difícil de contener.

Habrá que comprobar qué vigencia demuestra la consideración de que los valores determinan la base de la política internacional. Su dinámica, en lo que va de siglo XXI, se viene configurando como un proceso de pérdida del equilibrio de poder tradicional, a favor del condicionamiento normativo y de valores en las acciones de política exterior. Por lo tanto, las actitudes “morales” tienden a desempeñar un papel cada vez más importante, a veces incluso prevaleciendo sobre el “derecho internacional”, en la diplomacia mundial y en la pugna por la política exterior. Este factor de valor es de particular importancia para la percepción de la política exterior por parte de la sociedad en varios países. Por lo tanto, los problemas del relativismo moral, el revisionismo de valores y la condicionalidad normativa de la política exterior pasan a primer plano.

El alto nivel de conectividad, efecto resultante de la tecnología de la información y comunicaciones, posibilita la difusión permanente de narrativas que divulgan los diferentes valores y las actitudes normativas a ellos asociadas, algo que está convirtiendo en un obstáculo cada vez más tangible para el diálogo entre los diferentes centros de poder en el ámbito mundial dado su potencialidad como vector del conflicto². El criterio de que los valores occidentales son de vigencia universal está siendo cada vez más rechazado debido a la anómala evolución de aquellos. Así, en los países en desarrollo se perciben como muestra de neocolonialismo; entre las potencias revisionistas, se convierte en un argumento clave para justificar el expansionismo occidental, lo que se considera como una interferencia en sus asuntos internos. Pero el resultado tendencial es que, en la política mundial, los actores utilizan cada vez más diferentes semánticas. El fundamento radica en las distintas actitudes ante los valores y las expectativas públicas de la política exterior en diferentes sociedades. Por lo tanto, el

² <https://www.penguin.co.uk/books/144/1443237/the-age-of-unpeace/9781787634657.html>

recurso a la semántica polisémica se está convirtiendo en un problema clave en las relaciones internacionales.

En este sentido, probablemente no sería una exageración decir que gran parte del sistema de relaciones internacionales, en lo que va de siglo XXI, está estrechamente relacionado con el discurso sobre valores. Además, las estrategias para promoverlos se han convertido en cuestiones clave, y son políticas basadas principalmente, si no exclusivamente, en discursos de consideraciones éticas o pseudoéticas, y sólo secundariamente en intereses materiales. En el Tratado de Lisboa, la Unión Europea incluyó explícitamente que persigue una política basada en valores. El concepto de "poder normativo", a falta de poder puro, se ha convertido en el principal a la hora de diseñar una hipotética estrategia exterior de la Unión Europea.³

La Estrategia de Seguridad Nacional de 2021 de la Federación de Rusia (ESNFR), aprobada por el Presidente Putin tiene pretensiones de pasar a la Historia como el documento que puso de manifiesto como "driver" estratégico la sinergia de los valores espirituales y morales tradicionales del país. Este tema ya fue tratado en la ESNFR de 2015 aunque menos enfático.

Sin embargo, la Estrategia 2021 tiene nuevos acentos. La fuente de la amenaza es la "occidentalización" de la cultura. Anteriormente, la estrategia, como confrontación, se percibía mayormente en términos de categorías materiales (defensa, economía), pero se ha desplazado claramente a un nivel ideológico. ¿Por qué tuvo lugar esta transición? ¿Qué problemas enfrentará Rusia en el nuevo paradigma y cuáles son las fortalezas y debilidades de este enfoque.

La política exterior rusa, tradicionalmente, ha estado separada de la referencia "ética". Un cierto acercamiento tuvo lugar a principios de la década de 1990 con la idea de que los valores de Rusia estaban convergiendo con los de Occidente, hasta que en la segunda mitad de la década de 1990, hubo una clara ruptura con la adulación del idealismo liberal hacia el realismo pragmático. A principios de la década del 2000 el realismo se instaló como fundamento de las doctrinas rusas. Se volvía a contemplar la seguridad y la política exterior en términos de amenazas materiales específicas a los intereses nacionales. Es sobre esta base que se basa la interacción geopolítica, incluido Occidente.

El argumento empleado es que las nuevas tendencias ideológicas que se han desarrollado entre las élites estadounidenses y europeas se están extendiendo gradualmente al resto del mundo. Se puede admitir que, oficialmente, ha surgido un sistema ideológico diferente al que había prevalecido en estos países durante la Guerra Fría. Se asumen nuevas formalidades conceptuales y pautas éticas, así como teorías

³ <https://valdaiclub.com/a/highlights/values-and-norms-in-world-politics/>

pseudocientíficas. En términos éticos, esta suma de nuevas ideas y reglas se conoce en Rusia como “nueva ética”, conocida en Occidente como Teorías Radicales.

A diferencia de los sistemas ideológicos estructurados como el comunismo científico soviético o el socialismo con peculiaridades chinas, la ideología en cuestión aún no está fijada en los libros de texto y documentos oficiales, aunque algunos de sus componentes sí están, como la alusión al LGBTI en la “US Interim National Security Guidance 2021”⁴.

Aquí parece necesario fijar acepciones conceptuales. Una aproximación práctica la establece Alexander Lukin al enunciar la diferencia entre ideología y lo que denomina “conocimiento cotidiano”, por un lado, y con el conocimiento científico, por el otro: “En la ciencia política occidental, la ideología suele entenderse como un conjunto de programas políticos o la orientación general de movimientos políticos cercanos que expresan las aspiraciones de una parte de la sociedad, como el liberalismo, el conservadurismo, el socialismo, el fascismo y similares. En la tradición marxista, ideología significa toda la superestructura cultural de la sociedad en su conjunto, que se caracteriza por rasgos comunes y legitima el sistema de gobierno. Me inclino más a aceptar la definición de ideología como un mito moderno, que surgió de la tradición marxista y se desarrolló en el siglo XX en el marco de los enfoques semióticos y estructuralistas. En esta interpretación, un mito es un sistema simbólico que permite a una persona explicar de manera integral el mundo utilizando imágenes y representaciones. Se diferencia de las ideas ordinarias dispares precisamente por ser sistémica e intenta comprender la vida y el espacio como un todo, no sus partes y fenómenos separados. Las ideologías difieren de los mitos tradicionales al afirmar ser científicas. Son modernos, ya que surgieron en el mundo occidental tras el Siglo de las Luce, con su culto al progreso científico, y extraen justificaciones de sus proyectos de los logros del conocimiento científico”⁵.

La terquedad del futuro

El enfrentamiento Rusia - Occidente, cuyo foco de actividad es Ucrania, debería ser fuente de lecciones aprendidas e indicios de futuro. Las estrategias se construyen sobre realidades no sobre proyectos, las estructuras tanto políticas como burocráticas son medios no fines. Es difícil extraer enseñanzas de una situación en desarrollo, pero la crisis de los territorios de la extinta URSS no es de ayer.

⁴ <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2021/03/NSC-1v2.pdf>

⁵ <https://eng.globalaffairs.ru/articles/the-right-to-insanity/>

Desde principios de la primera década del siglo XXI, una sensación de decepción y desilusión invadió la atmósfera general en las relaciones entre Rusia y Occidente. Esto ya quedó reflejado en el discurso de Vladimir Putin ante el Parlamento alemán en 2001, donde señaló: *“...hablamos de asociación, pero en la práctica no hemos aprendido a confiar los unos en los otros”*. La falta de confianza en Rusia estaba, a los ojos de Putin, directamente ligada al enfoque cauteloso y pausado de Occidente para la integración de su antiguo adversario, ilustrado por la forma en que se llevaron a cabo las negociaciones. Esto no solo recordaba un poco a la Guerra Fría, sino que también fue muy humillante para Moscú, ya que implicaba que Occidente primero esperaba que Rusia se "civilizara" cumpliendo las obligaciones en virtud del acuerdo de cooperación UE-Rusia.

Cuando el conflicto se produce son los actores estratégicos los protagonistas, pues son los que tienen poder de decisión. Las consideraciones geoeconómicas alimentan los objetivos geopolíticos y, en el caso presente, la improvisación parece patrimonio de Occidente y el arte estratégico de Moscú. Las estrategias no se improvisan.

Desde el conflicto de Georgia en 2008, los objetivos estratégicos de Moscú están claros, su voluntad firme y sus modos de acción en permanente actualización. Por el contrario, desde Occidente se ofrece un vacío estratégico y una realidad en forma de “el Proyecto”, cuando no el oxímoron de la “autonomía estratégica”.

Rusia ha tomado la iniciativa estratégica, no solo para reparar antiguos agravios, sino para posicionarse en la nueva situación geopolítica. Sabe que su colaboración con China le asegura Eurasia Oriental y dispone de libertad de acción para poner a prueba el sistema de seguridad europeo.

Las principales instituciones europeas tras la Guerra Fría, la OTAN, la UE y la OSCE, están vigentes, pero su potencia, unidad, resiliencia y eficacia futuras son bastante nubladas. Rusia profesa un giro creciente hacia Eurasia; la ESNR de 2021 apenas menciona a Europa. Estados Unidos ha identificado a China como su principal rival y desafío de seguridad en el futuro previsible, y busca involucrar a Europa en este esfuerzo. La UE todavía sigue como Proyecto que busca futuro.

La crisis de Ucrania de 2014 marcó la culminación de la disociación de Rusia del orden europeo basado en la Carta de París y, por consecuencia, del orden liberal global en “decadencia”. Los procesos de disociación o desinstitucionalización, definidos como el distanciamiento intencionado de las reglas y normas fundamentales de las instituciones, convertirse en una característica cada vez más dominante de la geopolítica global a medida que avanza el fenómeno la desglobalización. Sin embargo, este fenómeno está relativamente poco investigado política y académicamente. En particular, sigue sin estar claro cuáles son, con base en los altos niveles de conectividad, las fuerzas impulsoras de

la disociación y si las tensiones entre los actores intervinientes en este proceso están destinadas a la confrontación.

Parafraseando a John Gray, parece que volvemos al “fin de la utopía”⁶.

Enrique Fojón, Coronel de Infantería de Marina (Ret). Investigador del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional (Universidad Francisco de Vitoria).

6

https://es.wikipedia.org/wiki/Misa_negra._La_religi%C3%B3n_apocal%C3%ADptica_y_la_muerte_de_la_uto%C3%ADa